

ANTONIO PEDRAZ



Ton Pedraz nació en Lugo (1959), ciudad de la que rescata sus recuerdos de infancia, aunque reside en A Coruña con Aída, sus hijos Jorge y Mateo, y Gala su perrita Can de Palleiro. Es Licenciado en Educación Física, pero, hace escasos tres años, se inició en la escritura de microrelatos y relatos cortos, obteniendo diversos premios en concursos literarios. En 2016 la editorial Verbum incluyó su relato «La voz interior del odio» en la recopilación *Palabras en la Niebla*, y la Editorial Pentian editó su primera novela, la cual lleva por título *Láster, el monje negro*.



DESDE LA APARTADA DIMENSIÓN DE LA EXISTENCIA

Él, desde el primer día en el que me convirtieron en su compañero de habitación, hizo lo que estuvo a su alcance para amedrentarme.

Estábamos en una remoción de fluidos antagonistas con terapia celular, cuando la clausuró de repente para obligarme a que me aproximase hasta el borde de la escotilla, y que de ese modo pudiese ratificar su sospecha.

—¿Lo ves? Observa allí, a lo lejos, por delante del control de acceso. Mira a esos dos supremos a quienes los retantes mantienen retenidos junto a los tornos. Ingresaban para que les pusieran fin a su permanencia de ciclo. Algo ha debido de fallar en el método que les aplicaron hace tan solo unos días, y se ven en la obligación de enviarlos cuanto antes al universo definitivo de los mitos. Parece que se trata de una pandemia espontánea y, por lo que sospecho, están planteando deshacerse de ellos cuanto antes.

—¡Te has vuelto loco! —afirmé—. De acuerdo que se trata de unas admisiones. Pero idénticas a las que hemos

programado tú y yo no hace tanto tiempo. Igual que nosotros, esa pareja busca someterse a un nuevo tratamiento que prolongue algunos decenios su tasa. Qué hay de extraño en ello. Yo no advierto nada anómalo en esas habituaciones que tanto te inquietan de repente.

Mi compañero, disconforme con el planteamiento, volvió a la carga mientras yo me proyectaba cinco miligramos de alivio vital desde la vía que me habían implantado de forma provisional sobre la carótida.

—Te recuerdo que se están dando demasiados errores en los plazos del procedimiento. Hazme caso, y no seas ingenuo, pues sé de lo que hablo. Llevo más de un mes en restitución. Agotada esta fase, los técnicos especialistas en crioperistencia no terminan de poner punto y final al recobro que me envíe de una vez por todas lejos de aquí. Intuyo problemas evidentes —zanjó mi acompañante mientras se alejaba del ventanal, y emitía el tono de voz preciso encargado de estimular la pantalla virtual habilitada para traernos la realidad tridimensional de lo que sucedía en el exterior hasta el holograma telúrico situado en el centro de la estancia. Te repito que deberíamos desconfiar, si no queremos concluir en idénticas condiciones que esos dos a quienes acaban de inmovilizar los retantes en la antesala de admisión.

—¡Yo no tengo miedo! —no di el brazo a torcer—. Hace tiempo que, y te hablo de mi cerebro, se ha disipado esa sensación desconfiada de la que hablas. Durante tres ciclos llevo someténdome de forma regular al rejuvenecimiento fidedigno y, desde un principio, todo ha ido como la seda. Ahora incluso mejor. Por cierto, ¿tú cuantas veces has tenido que superar la habituación a las células madre?

Asaltado, por lo tendencioso de mi argumento, el otro se quedó ensimismado un instante. Obsesionado con lo que ocurría en el exterior, pensativo y algo descolocado.

—Entre los dos debemos aproximarnos a los setecientos soles de preexistencia. ¿Quién lo iba a decir? —rememoró él, sin quitar ojo a lo que ocurría abajo, en el exterior.

—El descubrimiento, allá por dos mil cincuenta y tres, sacudió al planeta desde las entrañas de la humanidad, pero enseguida ellos, los humanos terminales, asumieron la extinción. Al principio tuvo que ser duro para la especie; en mi recuerdo subyace un leve malestar, pues solo disponiendo de financiación suficiente era posible regenerarse como supremo. Aquel declive imparable provocó enseguida una merma considerable sobre nuestra especie. Entre las poblaciones de aquella otra Tierra inservible que tan lejos queda ahora. Fue desagradable. Además, en algún momento habremos de sucumbir nosotros también —objeté ante su extrañeza—. ¿Nunca ha llegado a transmitirme hartazgo la pretensión de una existencia sin límites? Tan sólo los supremos poblamos los elegidos espacios habitables en este planeta «diferente».

—Supremos, inagotables y androides —puntualizó él quisquilloso—. Pero admite que nuestra población merma —aseveró—, y es evidente que no todo va bien aquí dentro, en esta flamante plataforma de reintegro a la subsistencia.

—Sospecho que te encuentras demasiado ofuscado con este asunto. Y no deberías, ya lo sabes. Cuatrocientos soles vividos me parecen más que suficientes. Demasiados, diría yo.

Él se giró, para desengancharse del aprovisionador de plaquetas vitales, y del inyector de células madre. Sin querer refrendar, ni por asomo, mi postura tan poco existencialista.

Las venas, hinchadas como odres, dibujaban un centenar de caminitos azulones que se diseminaban a lo largo de sus piernas y brazos regordetes pero flácidos. No le agradaba que hablase así, con semejante ligereza, del final de la inmortalidad. Pero al fin y al cabo no éramos más que dos supremos, compañeros ocasionales, pasajeros fortuitos en

aquella cámara de vida perdurable, y él no iba a arruinarme la costosa estancia allí.

Una descarga penetrante que hormigueó a lo largo de toda mi médula, hasta instalarse con un cimbreo en el cerebro, indicó, sobre la pantalla acústica, que los niveles de plasma transitorio habían superado el grado óptimo de recarga, por lo que comencé a descompensar la presión permitiendo que la sangre en desperdicio se dispusiese a abandonar mi cuerpo. De ese modo, durante un acorde programado, iría siendo suplantada por otros cinco litros dotados con la frescura de un recién nacido. Aquel líquido, avejentado y pardusco, fue rellenando con parsimonia el recipiente diáfano que una bomba de iones reset se disponía a rechazar lejos de mi vista, con rumbo hacia la cápsula hermética de desintegración clónica que se autodestruiría de forma autónoma.

Aquel lugar no me daba miedo. Ahora el tiempo era lo de menos para nosotros, las horas habían dejado de acuciarnos para siempre. En mi existencia inagotable ya había soportado de todo aquí. Y lo único que me estaba irritando, sacando de mis casillas, durante la permanencia en este Centro de Mejoras Vitales, era un acompañante histérico que se aproximaba a los cinco ciclos de rejuvenecimiento fidedigno.

Igual que a mí, a él le había programado el tratamiento un hijo. Multimillonarios ambos, habían conseguido que todos los integrantes de la familia nos sometiésemos al procedimiento para convertirnos en inagotables o supremos, todo en congruencia a nuestra edad biológica. Por eso no entendía cómo este supremo egoísta, con el que me había tocado soportar la estancia en el Centro de Mejoras, después de haber superado desde el éxito tantos ciclos de preexistencia, comenzase ahora a angustiarse amparado en temores carentes de rigor.

A través del blindaje de la puerta, escuché un pitido sin límites que nos advertía de su propagación desde el ambiente externo más cercano a nuestra cámara de aislamiento intempérico.

—¿De qué se trata ahora? —pregunté mientras investigaba—. ¿Tú también lo estás percibiendo, verdad?

—Claro que sí. No es más que una cántora. Uno de los servicios más novedosos que brinda el entro. No lo encontrarás en cualquier demarcación. Se trata de una andrómana que se va ofreciendo entre los clientes alojados, con el objetivo puesto en poder aplacar sus apetencias sexuales residuales de las secuelas humanoides. Aunque las hay de todo tipo. Este pitido, que recuerda al del deslizamiento causado por los *listers* mientras se estrellan contra el ozono cuando se viaja fuera de la atmósfera, se corresponde con el de una cántora heterosexual. Pero puedes solicitar el servicio que más te convenga. Se adaptan sin reparos ante algunas apetencias harto radicales solicitadas por la clientela que acude a rejuvenecimiento.

—Tomé el mando cristalizador para oprimirlo, buscando la transparencia unidireccional sobre la puerta blindada que daba al pasillo. Aquella imagen pluridimensional, de origen andròidico pero con apariencia humanoide, ya se aprestaba a ingresar en la habitación número ciento treinta y tres, junto a la que parpadeaba una luz encarnada resaltando llamativa sobre el suelo del umbral. Enseguida, en el pasillo, volvió a reinar la soledad, y mi acompañante se aproximó otra vez, harto desasosegado, hasta la ventana, empecinado con la llegada de nuevos admitidos en las últimas. Yo, un poco hastiado, entorné los ojos intentando descansar alejado de sus barruntos, mientras procuraba coordinar los latidos de mi corazón veterano con los vaivenes acompasados, emitidos desde el extractor de moléculas meso pancreáticas de desecho, el cual se había autoprogramado para trabajar durante toda la noche sin descanso.

En la mañana siguiente mi compañero tenía sesión ante el fracturador de tibieza gráfica, encargado del rediseño de sus perfiles corpóreos y, aburrido, me quedé en la habitación. No podía recorrer el centro. Era mi jornada de descanso silente antes de la partida, desentubado de todos los soportes de revitalización, pero precisando aislamiento restringido dentro del recinto privado. Aburrido, a media mañana, me acerqué hasta el ventanal con mi impresor de perspectivas y lo activé en dirección hacia la entrada que tanto traía en vilo a mi compañero. Ante las puertas, tres jóvenes cántoras aguardaban poder obtener sus credenciales de acceso, introduciendo los datos personales sobre el *software* piloto de los tornos inalámbricos. Debí distraerme; se ve que demasiado tiempo, obnubilado con antiguas grabaciones cuando hasta mis oídos llegó un sonido destemplado distinto al de la tarde anterior, pero si cabe más agudo. Enseguida valoré transmutar la opacidad de la puerta que ocultaba la visión sobre el pasillo. Pulsé el botón y el titanio, como agua, se transparentó permitiéndome verla. Sus formas me parecieron demasiado perfectas, mientras paseaba cabizbaja siguiendo la línea central del pasillo, ojeando, en un lado y en otro, las señales luminosas desdibujadas sobre el pie brillante de los umbrales. Cuando abrí, ella caminó resuelta hacia la entrada, deteniéndose tan solo a un metro escaso de la estancia.

—¿Qué desea?

Me cuestioné qué contestar, al sentir cómo el corazón se me aceleraba.

—Estoy en rehabilitación ulterior. Hoy es mi jornada de reposo y comparativas previas a que me concedan el alta.

—Pero, ¿quiere algo? Como ha abierto usted la puerta... —dudó también ella.

—Lo cierto es que no me vendría mal —respondí todavía algo descolocado—, hace ya tanto tiempo.

—Pues debería usted formalizar el contrato. Ambos debemos legalizarlo antes de nada —apuntó exhibiendo una sonrisa perfecta y extensa.

—¿Cómo? Creo que vas a tener que ayudarme. Para mí se trata de la primera vez —intenté disculpar la torpeza paralizante que me acuciaba.

—Por supuesto. No debe preocuparse. Junto a su cámara de descompensación negativa encontrará un mando con todos los servicios que le ofrece el centro. El trece punto uno se corresponde con el código digital de la compañía a la que pertenezco. Debe transferir dicha combinación hacia el servidor. De no ser así, nada podría llevarse a cabo. La empresa concesionaria debe registrar su petición, y esto se produce cuando el cliente ejecuta la orden y se ilumina esta liñastra roja desplegada sobre el suelo, delante de cada cámara de aislamiento. Sólo de ese modo el concesionario me dota de todas las habilidades y competencias con las que poder satisfacer al cliente. ¡Pulse entonces!

Busqué la combinación. Seleccioné trece punto uno y, al instante, la banda encarnada del umbral, según la cántora había relatado, se iluminó. Al momento, ella rescató desde uno de los bolsillos de su indumentaria otro mando con el que tecleó una combinación privada. Para a continuación acceder hasta el interior.

—Ahora por fin todo es correcto caballero. La empresa delegada otorgará el visto bueno a la formalización legal del contrato. Y el servicio que le preste será cargado en la cuenta de referencia para el C.M.V.

—No sé cómo soportáis tanto trabajo —intenté romper el hielo.

—El cansancio no representa un obstáculo para nosotras. Recuerde nuestro origen fundamentalmente androide.

—¿Qué edad tienes? —me interesé, sin saber el motivo.

—He sido computerizada con treinta soles de edad orgánica perdurable, y ya he cumplido el primer ciclo de per-

manencia. En unos meses seré requerida de nuevo para el proceso de computerizado secuencial, lo que me otorgará autonomía de compromiso durante al menos un ciclo más. A partir de aquí la supervivencia para drones servidores de mi especie comienza a complicarse, por lo que dependeré de los avances que para entonces se encuentren protocolizados y regularizados por la Alianza de Potencias Coaligadas.

¿Desea entonces que le planifique una relación de todos los servicios que sería capaz de prestarle? De ese modo usted podrá señalar los que más podrían apetecerle.

—Verás. He abierto esa puerta, ante todo, para romper esta maldita soledad en la que me encuentro, la cual habré de soportar durante una buena parte del día. Piensa que supero los trescientos soles de preexistencia. Tú, aún siendo tan bella, y yo poco podríamos hacer ya. Solo ansío algo de compañía —confesé—. Si a ti no te parece mal. Y descuida que podrás aplicar la tarifa que más te convenga. No habrá ningún problema en ese sentido.

—Señor, tiene que perdonarme, pero no acabo de comprender su postura —se extrañó la cántora.

—Pues que el sexo no me interesa demasiado en este momento —afirmé ruborizado—. Sólo ansiaba superar algunas horas de aislamiento, mientras no retornan a mi acompañante.

—Permítame que le informe de cierta confusión por su parte. No ha recabado usted servicios a una cántora PH-sx. Yo he sido programada como PH-lc —aclaró—. Mis asistencias tienen que ver con la transmutación cerebral de textos literarios, a través de la holografía dactilar dependiente. ¿Debo entender, por sus palabras, que me ha confundido con una meretriz?

—Lo siento, pero no sé en qué pude haber estado pensando. Te pido disculpas.

Abochornado tomé asiento, mientras ella parecía reprogramar alguna de sus funciones de prestación, a tenor de

mi error evidente y, a continuación, se retiraba un llamativo alfiler con el cual retenía su cabello, para que una gran melena rubia se desplegara ondulante sobre el horizonte rectilíneo de sus hombros.

—¿O sea, que palique? —apuntó, mientras parecía necesitar ponerse cómoda, deslizándose hasta la curvatura prominente de sus pechos la parte superior de un cierre sincrónico, incrustado en mitad del mono blanco y demasiado ceñido que vestía.

—Entonces, tal vez sería conveniente que tú propusieras el servicio que estás en condición de prestarme —rogué perturbado.

—Le informo que las PH-1c podemos hacer que se deleite con la transmisión supradactilar de todo tipo de textos. Esta mañana mi propuesta prioritaria está dirigida sobre manera a una obra excepcional: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, del escritor español Miguel de Cervantes Saavedra. Créame, sin duda merecerá la pena su transmutación.

—¡Por supuesto que conozco la obra! —reafirmé, intentando evidenciar que, ante todo, no trataba con un ignorante—. La he leído hace un par de ciclos en formato digital, cuando todavía los textos sobrevivían en soporte físico. Creo que será apropiado confiar tanto en la experiencia, como en la propuesta de quien presta el servicio. Sea entonces.

Tras escuchar el visto bueno se sentó a mi lado y, sin apartar sus ojos celestes de los míos, descansando su mano izquierda sobre el reposabrazos, aguardó a que yo la cubriese cuanto antes con la mía. Cuando nuestra piel entró en contacto, un cosquilleo agradable me retrepó el brazo, buscando disolverse en el interior de mi cabeza. Instante en el que ella proyectó la suya hacia atrás, reposándola contra el respaldo acolchado del asiento. Entonces yo entorné los ojos, reclamado por el momento en que el inicio del relato alcanzó mi cerebro, relajándome: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...».

Consideré poco acertadas las sospechas que asolaban la conciencia en mi compañero y decidí disfrutar del servicio. Cuando, pasados algunos minutos, entreabrí los ojos, la bella cántora jugaba hábil y experta con el gran alfiler que, hasta ese instante, había hecho funciones como sujetador para su cabellera rubia. Aquellos ojos, descomunales y azulados, me miraban firmes cuando el dulzor escrito desde su sonrisa me transmitió el más absoluto sosiego.

Volví a entornarlos para atisbar atento, ajeno ya a todo lo que acontecía en el exterior. «... Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto...».

Fue así, mientras mi cerebro se recreaba en la dulzura del relato, cuando sentí aquel pinchazo agradable pero punzante, cómo me penetraba desde el epicentro de la garganta para apaciguar mis intenciones, lo que impidió que pudiese volver a abrir los párpados, mudándolos a cada segundo que pasaba, por losas.

Poco a poco advertí cómo mis sentidos se escapaban, disueltos en una bocanada vital que evaporaba con lentitud desde mi interior, y al frío ascender sin excesiva dificultad desde la punta gélida de los pies hasta mi mente, que por momentos divagaba, martirizada ahora, de repente, con la evocación de ciertos temores que, basados en sospechas sin fundamento, se había empeñado en narrar mi compañero de habitación.